

TÚNEZ: BEN ALI 'IV' Y LA CONFISCACIÓN DEL PODER

CARLA FIBLA

Zine El Abidine Ben Ali, presidente de Túnez desde 1987 pretende serlo hasta el 2009. Para ello, convocaba un referéndum el 26 de mayo a fin de modificar la Constitución (en la que, según el artículo 39, no se permitía más de tres mandatos al mismo presidente) y lograr como su predecesor, el presidente Burguiba, “la presidencia de por vida”. Teniendo en cuenta que tiene actualmente 65 años, ha decidido que la edad máxima para dirigir el país no debe quedarse en los 70 sino en los 75 años, lo que le garantiza dos nuevos mandatos.

En la práctica la oposición y de las asociaciones de derechos humanos carecen de voz. Sin embargo la *dictadura* —como ellos la denominan— que existe en Túnez ha provocado que los movimientos sociales se multipliquen. Intentan denunciar a través de los organismos internacionales la violación constante de los derechos humanos en el país.

Un caso extremo fue el juicio el pasado 2 de febrero del líder del no autorizado Partido Comunista de los Trabajadores de Túnez (POCT), Hamma Hammami¹ y de dos camaradas suyos. Estos militantes decidieron salir de la clandestinidad y confiaron en que la justicia tunecina les daría la oportunidad de expresarse. El resultado ha sido una pena de hasta nueve años de cárcel que a finales de marzo, en un nuevo juicio, se redujeron a tres años. Hammami

decidió iniciar una huelga de hambre el pasado 10 de mayo en protesta por las condiciones en las que está retenido: sólo le permiten las visitas de sus dos hijas de 3 y 13 años, le retienen la correspondencia y no le dejan leer ninguna revista o documento.

También como denuncia del trato que estaba recibiendo, Abdelwahab Bou Saa, presunto miembro del partido islamista En-Nahda, decidió en diciembre del año pasado hacer una huelga de hambre por obligarle a compartir celda con presos comunes. A finales de marzo la Liga Tunecina de Derechos Humanos (LTDH) informó de su fallecimiento. No hubo explicaciones por parte de las autoridades más allá del parte médico, de hecho el régimen tunecino afirma que “no existen presos políticos en el país” y por eso son encarcelados junto a reos comunes.

A pesar de la buena imagen económica de Túnez, los informes de la realidad social y política empiezan a circular por la Unión Europea. El pasado 14 de marzo el Parlamento Europeo adoptó una resolución muy crítica en la que pide a las autoridades tunecinas que “terminen con las intimidaciones hacia los defensores de los derechos humanos y sus familias, que no interfieran en la libertad de circulación, de asociación y en el derecho de afiliarse a un partido político”. Pero Ben Ali se siente respaldado, algo a lo que ha contribuido el reciente otorgamiento del *Premio Mediterráneo* por “la modernización social y económica, por lo logrado en materia de desarrollo democrático y en consolidación del Estado de derecho”, tal y como lo expresó un miembro de la Liga Italiana, en presencia del presidente de la Liga de

1 Sobre los derechos humanos en Túnez y el caso Hammami, véase: <http://www.maghreb-ddh.sgdg.org/crldht/index.html>

Derechos Humanos de Valencia. El galardón fue categóricamente criticado por la Federación Internacional de Derechos Humanos (FIDH) que acusó al presidente Ben Ali de ser el “principal responsable de las violaciones flagrantes y sistemáticas de las libertades fundamentales por parte del régimen tunecino”.

Mientras tanto Ben Ali sigue sumido en la estrategia cara a las elecciones presidenciales previstas para el 2004. Necesita que la imagen *democrática y aperturista* del régimen no se vea empañada por los informes que no logra controlar. A su vez la sociedad civil intenta unirse para evitar la sumisión y la continuidad. ●

LIBIA: LAS BUENAS MANERAS

PEDRO ROJO

Los últimos años en Libia han acumulado un sin fin de actuaciones contradictorias que vacilaban entre la apertura económica y la vuelta a la autarquía. Parece que finalmente se ha impuesto la primera opción, recuperando las medidas de apoyo al sector privado que tímidamente aparecieron durante los años del embargo y que posteriormente fueron anuladas. Esta vez las medidas van más allá de permitir el crecimiento del comercio privado a pequeña escala; el nombramiento de Shucrí Ganem (licenciado en Harvard) como máximo responsable de la economía libia es un signo claro. Entre las decisiones tomadas destacan la depreciación del dinar libio un 51% frente al dólar; el fomento de la inversión extranjera más allá del tradicional sector petrolífero, la abolición de algunos de los privilegios de los que había disfrutado la élite cercana a la

tribu de los Gaddaf (como el monopolio de las importaciones de artículos de primera necesidad y vehículos), se ha reducido un 50% los aranceles de las importaciones. Con todo ello se abre un nuevo mercado no sólo para las empresas europeas sino también para sus vecinos magrebíes y egipcios. Al mismo tiempo se ha lanzado una dura campaña contra la corrupción que ha terminado con el ex ministro de Finanzas en la cárcel acusado de malversación de fondos. El símbolo más contundente de la apertura de Libia hacia el libre comercio se refleja en la visita a Trípoli en enero de 2002 de la primera delegación del Fondo Monetario Internacional que llega al país desde que se levantó el embargo.

Esta apertura económica se apoya en la nueva imagen internacional de Libia, encarnada en Seif El-Islam Gaddafi, el hijo mayor del coronel Gaddafi, que a pesar de no ostentar más cargo que el de presidente de la Fundación Gaddafi de beneficencia, va esparciendo el nuevo discurso conciliador del coronel por todas las capitales europeas donde antes se le negaba el visado para realizar sus estudios. Basta recordar su visita a París de finales de febrero de 2002 donde pronunció una conferencia en el *Institut Français des Relations Internationales* sobre la nueva era de las relaciones franco-libias. A pesar de carecer de cargo político Seif el Islam es uno de los hombres más poderosos de Libia y el mejor intermediario para llegar al coronel Gaddafi. A pesar de la buena prensa que tiene en Estados Unidos (la CIA le considera como un potencial puente para Libia en su apertura) el cambio de discurso es recibido en desde la Casa Blanca con mayor recelo que en Europa. Los logros de la diplomacia libia en la mediación

de conflictos internacionales (como la liberación de los rehenes occidentales secuestrados por las milicias filipinas del grupo Abu Sayaf), sumado a la condena del líder libio de los ataques del 11-S y su llamamiento a retomar las relaciones con Washington, han ido limando aristas que han dado algún resultado positivo como la visita de cinco representantes de empresas petroleras estadounidenses a Libia, o la entrevista del número uno de los servicios secretos libios, Musa Kusa, con responsables CIA en Londres en octubre de 2001. Pero la postura de Estados Unidos sigue siendo dura: no se ha derogado la ley que impone sanciones a las empresas que inviertan más de una determinada cantidad en el sector del crudo libio (e iraní), y Libia forma parte de la lista de posibles objetivos norteamericanos susceptibles de ser atacados con armas nucleares.

El caso de Lockerbie sigue siendo el principal punto de discordia. La confirmación de la condena a cadena perpetua de Abdel Baset al Megrahi, ex agente secreto libio, como responsable del atentado no ha paralizado las negociaciones que realizan discretamente estadounidenses y libios para cerrar definitivamente el caso. El problema no está tanto en los 6.000 millones de dólares en concepto de indemnizaciones que piden las víctimas como en la exigencia de Estados Unidos de que se reconozca públicamente la responsabilidad del Estado libio en el atentado. Esta última exigencia es inaceptable para Trípoli, no así la primera que tiene precedentes en el pago de indemnizaciones a las familias de las víctimas en el atentado de un avión francés de la UTA en Níger en 1989 y por el que fueron condenados en rebeldía cinco libios. ●

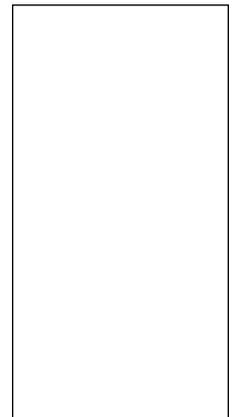
EGIPTO: ¿FINANCIACIÓN DESINTERESADA?

JAVIER BARREDA

En los últimos meses, Egipto, inmerso en una fuerte crisis económica, ha recibido un sorprendente apoyo económico internacional cuyas contrapartidas no están del todo claras en su último alcance, pero que deben situarse sin lugar a dudas en el terreno geoestratégico. La manifestación más concreta y palpable de este apoyo son los 10.300 millones de dólares en ayudas y créditos obtenidos en febrero pasado de la reunión trianual con los representantes de las instituciones de crédito internacionales y regionales convocadas por el Banco Mundial (BM) en Sharm El-Sheij.

Sorprende la cantidad prometida, que cuadruplica la obtenida en el año 1999 y que supera con creces las previsiones iniciales —incluidas las del propio Egipto—, pero sorprende aún más lo poco exigentes que han sido los donantes y los prestamistas a la hora de pedir cuentas, tanto hacia el pasado como hacia el futuro, en lo que toca a los avances de las reformas de liberalización económica a las que están formalmente ligadas estas ayudas. Además de no reprenderse al país del Nilo por la lentitud de las reformas realizadas hasta ahora, tampoco se le han exigido compromisos concretos y escritos para los años venideros. Y eso que las autoridades financieras saben que, de no mediar tales compromisos, Egipto difícilmente cumplirá con lo que se espera de él en ese terreno.

Ya es tradición que, en el caso de Egipto, dichas instituciones sacrifiquen un tanto la inflexibilidad de sus



normas en aras a contribuir a la “estabilidad del país”, lo que incluye, obviamente, la de su gobierno y sus políticas exteriores. Pero sólo en momentos claves, como tras la firma por Egipto de los acuerdos de paz con Israel del año 1978 —cuando comenzó a recibir la ayuda anual procedente de EEUU—, y tras su participación en la coalición internacional en la guerra contra Iraq (cuando se le condonó un 40% de su deuda externa), se habían producido grandes saltos cualitativos y/o cuantitativos.

Como en las otras ocasiones, Estados Unidos ha encabezado el apoyo de su “socio clave en el proceso de paz y la lucha contra el terror”.

A mediados del mes de marzo de 2002, el presidente Mubarak pudo realizar su visita anual a Washington más relajado ante los problemas económicos de su país. Lo hizo sin la gran comitiva de hombres de negocios que habitualmente lo acompañaba, para “centrarse en otros temas”. La visita estaba prevista para abril, pero fue adelantada, sin duda para que precediera a la cumbre de la Liga Árabe.

En sendas entrevistas publicadas en la publicación *al-Ahram Weekly* de 20-27 de marzo de 2002, los respectivos embajadores de cada país en el otro coincidían en admitir prudentemente que el “retomado diálogo estratégico” parecía tener más posibilidades de prosperar que en otras ocasiones, y mostraban dificultades para explicar por qué el informe anual del gobierno norteamericano sobre los derechos humanos en el mundo publicado el 4 de marzo había sido mucho menos crítico con Egipto que en los últimos años —cuando no hay razones objetivas para ello. ●

LIGA ÁRABE: LA CUMBRE DEL PATETISMO

IGNACIO GUTIÉRREZ DE TERÁN

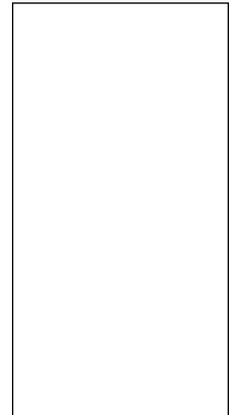
Durante dos días, 27 y 28 de marzo, los estados miembros de la Liga Árabe se reunieron en Beirut para tratar, casi en exclusiva, la cuestión palestina y la iniciativa de paz del emir Abdulá bin Abdul Aziz, el hombre fuerte *de facto* de Arabia Saudí, basada en la normalización completa de todos los países árabes con Israel a cambio de la devolución de todos los territorios ocupados en 1967. Como era de esperar, la cumbre terminó con el refrendo de la iniciativa, el apoyo a la “lucha heroica” del pueblo palestino y, además, el rechazo, en un momento en que la Casa Blanca decía tener sus planes al respecto, de cualquier agresión militar a Iraq. En el expediente iraco-kuwaití, por cierto, se asistió a una mejora formal de las relaciones entre los dos países una vez que Bagdad se comprometió formalmente a no volver a atacar el emirato. Además, el vicepresidente del Consejo del Mando de la Revolución iraquí, Izzat Ibrahim, se fundió ante los representantes árabes en un abrazo con el emir Abdulá, gesto que fue interpretado por algunos como alentadora señal de un progresivo acercamiento de iraquíes y saudíes.

Decisiones transcendentales y de gran relevancia que, como siempre, forman ya parte del historial pirotécnico del *bluff* de las cumbres árabes. Por poner sólo dos ejemplos: En El Cairo, en 1976, el Egipto de Sadat se comprometió, como los demás, a “sustentar la solidaridad árabe”; a los dos años estaba firmando un acuerdo de paz por separado con Israel. En la cumbre de Amán del

2001 se incluyó un párrafo, conservado en ésta de Beirut, en la que se expresaba el compromiso de respetar “la seguridad, unidad territorial e integridad regional de Iraq”; desde entonces, los aviones estadounidenses han seguido utilizando sus bases en Kuwait y Arabia Saudí para atacar territorio iraquí. Por lo tanto, si ahora todos éstos van y dicen que piensan apoyar la Intifada es que están haciendo, bajo cuerda, todo lo que saben para que la revuelta palestina decaiga (con qué desasosiego contemplan todos estos gerifaltes la creciente indignación del pueblo árabe ante el llamarse a andana de sus dirigentes); y si dicen que no a un ataque contra Iraq es que el ejército estadounidense está llevando a más expertos, aviones y pertrechos que nunca a la región del Golfo. En verdad, muy poca gente en el mundo árabe cree que todas estos *picnics* de postín sirvan para algo. Si acaso, para camuflar las agendas secretas de varios estados o grupos de estados que tienen la costumbre de hacer una cosa distinta de lo que rubrican en los comunicados finales. Aunque los medios de comunicación oficialistas árabes y con ellos los occidentales incidan en la singular significación de estas reuniones, las cumbres árabes se han convertido, sobre todo desde los años ochenta del siglo pasado, en un ejercicio de retórica hueca en que la sombra de EEUU nunca ha dejado de crecer. Cuando Washington afirma estar satisfecha de los resultados de una cumbre, como ha ocurrido en Beirut, es que sabe que las palabras enardecidas, los abrazos y los comunicados de apoyo carecen de validez. Para Washington, lo que cuentan son detalles significativos como éste: el comunicado final obvió la fórmula “derecho al retorno de los refugiados

palestinos” y optó por “una solución justa al problema de los refugiados”.

En muchos aspectos, la cumbre de Beirut recordó a aquella celebrada en Fez en dos sesiones entre 1981 y 1982. Entonces, la delegación saudí también presentó una propuesta de paz (*Plan Fahd*) que reconocía implícitamente el derecho de Israel a su existencia y reclamaba la retirada de los territorios árabes ocupados en 1967 así como el desmantelamiento de los asentamientos. La cumbre de Fez, la más corta en los anales de la Liga Árabe (no más de cinco horas), se suspendió al negarse el denominado *Frente de Rechazo* (Siria, Iraq, Libia y Argelia) y la misma OLP a aceptar el *Plan Fahd*. Sin embargo, al año siguiente, la ciudad marroquí volvió a acoger la cumbre y esta vez sí los países participantes, todos menos Libia y Egipto, que seguía castigado por aquello de Camp David, dieron su apoyo a la propuesta saudí. Ahora, veinte años después, la cumbre de Beirut estuvo a punto de registrar un fin similar al de la primera sesión de Fez gracias a la decisión del presidente libanés Emile Lahud, supervisor de la conferencia, de no dar entrada al discurso que el líder palestino Yaser Arafat iba a emitir desde su confinamiento en Ramalla. Los organizadores habían instalado una pantalla gigante a tal efecto y en el orden de discursos las palabras de Arafat habrían de seguir a las del presidente sirio Bashar Al-Asad. Por razones aún no aclaradas, Lahud, se supone que instigado por los representantes sirios, no dio luz verde a la emisión y Arafat tuvo que contentarse con leer su discurso a través de la televisión *al-Yazira*. Qué cosas: allí que se reúnen todos éstos para expresar su apoyo a la causa palestina y se veta el discurso del líder, confiscado y asediado, de todo



un pueblo asediado y confiscado. La delegación palestina se retiró y otras amagaron con lo mismo. Tras diversas negociaciones, los delegados palestinos volvieron a la cumbre y ésta pudo acabar.

Las similitudes no terminan ahí. Si en Fez —en 1982— Israel se pasó por el arco del triunfo tan generosa propuesta saudí reinvasiando Líbano y cometiendo desaguisados de todo tipo en la población civil, el régimen de Tel Aviv, días después de la cumbre de Beirut de 2002, iniciaba una represión feroz en los territorios palestinos que sólo tiene parangón en las razzias del 48 y el 67. Los regímenes árabes, en lugar de ponerse de acuerdo para paliar la barbarie israelí, hallaron un denominador común en su táctica de reprimir las manifestaciones y muestras de solidaridad con el pueblo palestino.

Mientras, el emir Abdulá no sabía muy bien qué hacer con la iniciativa. Antes ya de la cumbre, tampoco se sabía muy bien qué sentido tenía debatirla si el gobierno israelí la había rechazado de antemano por “poner en peligro la integridad de Israel”. Encima, los cuatro Estados que más vínculos “aparentes” mantienen con el gobierno de Tel Aviv (Egipto, Jordania, Mauritania y Qatar) ni siquiera se molestaron en enviar a sus máximos dirigentes. El egipcio, Hosni Mubarak, y el jordano, el rey Abdulá, se echaron atrás en los últimos momentos debido, según dicen los maledicentes, a que los saudíes no habían contado con ellos para formular su original propuesta de paz. Si es cierto que el emir Abdulá había tenido guardada la tal iniciativa en el cajón de su escritorio hasta que, según le dijo al *New York Times* en una entrevista anunciada a bombo y platillo, la sacó para alcanzar la estabilidad en la región, se

supone que lo más lógico sería volver a meterla ahí para, dentro de un tiempo, sacarla y *hacer el paripé* otra vez, de manera que Washington no diga que los saudíes apoyan el terrorismo islámico y no se esfuerzan en llevar la paz a Oriente Medio. Y así hasta la próxima cumbre. ●

ISRAEL: EL FRENTE INTERNO

AGUSTÍN VELLOSO

Las noticias que habitualmente llegan desde Palestina hacen referencia principalmente —como no podía ser de otra forma— a los enfrentamientos entre israelíes y palestinos. Ellos son los protagonistas principales del conflicto. No obstante, dentro de cada bando, sobre cuya evidente desigualdad de fuerzas y de otro tipo no se va a entrar a discutir ahora, el conflicto tiene sus repercusiones que aunque no atraen tanto el interés de los informadores, juegan un papel —cuya influencia es de difícil valoración— en el desarrollo de esta confrontación.

En el lado israelí cabe destacar la actividad de dos grupos diferentes aunque con puntos en común: la de los soldados y reservistas que se niegan a servir en el ejército israelí y la de los intelectuales y grupos de derechos humanos, médicos, abogados e incluso rabinos. Dentro de este segundo grupo —de nuevo, con diferencias dentro y entre cada uno de ellos— se puede situar al de los profesores de universidad, los que han pasado a ser conocidos como “los nuevos historiadores israelíes”.²

Los “nuevos historiadores” son un grupo de investigadores que se han dedicado a estudiar principalmente los orígenes del Estado de

Israel. Se diferencian de otros investigadores israelíes en que han puesto de manifiesto lo que se conoce como los mitos históricos de su establecimiento, algo que es de sobra conocido y que no necesita repetirse aquí. Simcha Flapan, en su magnífica obra *The Birth of Israel. Myths and Realities* (New York, Panteon Books, 1987) es sin duda el primero de todos ellos, aunque desde fuera de Israel. Entre los más conocidos de dentro están Benny Morris e Ilan Pappé, autores de obras publicadas en los años noventa.

Estos autores han sido presentados como ejemplo de algunas de las virtudes del Estado sionista: democracia, libertad de expresión y de enseñanza, etc. Sin embargo, estas virtudes son, una vez más, nuevos mitos sobre la sociedad israelí en la actualidad. Además del consabido hecho de que los intelectuales palestinos con ciudadanía israelí no disfrutaban de las mismas condiciones que sus colegas judíos, resulta que la tolerancia hacia los nuevos historiadores, también llamados “revisionistas”, tiene márgenes muy estrechos, concretamente que no abunden los disidentes del interior y que estén dispuestos a sufrir por su disidencia. No es que abundasen precisamente, pero es que una vez que Benny Morris ha modificado públicamente su pensamiento sobre los refugiados palestinos, queda el profesor Pappé, que no está dispuesto a modificar el suyo, más bien al contrario.

Sus problemas con el sionismo se pusieron de manifiesto con motivo de la lectura de la tesis de un doctorando suyo acerca de la masacre de Tantura en el año 1948, sucesos

similares a los ya conocidos de Deir Yassin en otra población. La tesis fue descalificada duramente por profesores sionistas mientras era celebrada por el resto.

El autor sufrió tantas presiones que decidió renunciar por escrito a los resultados de su investigación y con ello casi seguro a su carrera como investigador, pues el comienzo no ha podido ser más difícil. Pappé no ha podido evitar este desastre a la vez académico y personal y además ha tenido nuevos enfrentamientos con sus colegas sionistas de la Universidad israelí de Haifa donde enseña.

Parece que, en línea con las pautas descritas por los estudiosos del “acoso moral” (o laboral), Pappé se enfrenta hoy a un juicio disciplinario de resultado incierto pero en absoluto beneficioso para él. No es, ni mucho menos, el primer profesor universitario que se encuentra en esta triste situación, pero conviene tenerla en cuenta al menos por dos motivos.

Uno: hay que reconocer que los mitos fundacionales del Estado de Israel se mantienen a pesar de que el profesor Pappé y otros pocos más los desenmascaren con sus investigaciones, y que se les añaden los mitos contemporáneos, por ejemplo sobre la tolerancia de la sociedad israelí, la universitaria, supuestamente más avanzada, incluida.

Dos: que el frente interno es significativo moralmente, aunque no estratégicamente, y que conviene apoyarlo precisamente por lo mismo, ya que no por los resultados al menos por la moralidad de sus esfuerzos. ●

2 Véase en CSCAweb: http://www.nodo50.org/cscapalestina/nota-csca_17-05-02.html, y en la sección ‘Análisis’ de este número de *Nación Árabe* el texto de Vanesa Casanova “Sionismo y postsionismo, la nueva Historia en Israel”, pág. 123.

MARRUECOS: FIN DEL GOBIERNO DE ALTERNANCIA Y PRÓXIMAS ELECCIONES

ISAÍAS BARREÑADA

Termina un ciclo en Marruecos. Las elecciones legislativas (1997), la “alternancia otorgada” en el gobierno (1998) fruto de un acuerdo entre Hasán II y la oposición histórica, y la llegada del nuevo rey (verano 1999) han marcado este período que ha sido presentado como el de la transición política. Marruecos fue mimado como nunca lo había sido en su historia reciente. El país, sus dirigentes y el proceso político fueron presentados como la gran esperanza para el Magreb. ¿Pero realmente ha habido transición? ¿Hacia qué? ¿Se ha pasado acaso de un régimen despótico y autoritario a una democracia representativa en estos cuatro años?

Ciertamente algunas cosas han cambiado. Pero el núcleo del régimen parece haberse mantenido incólume, y para los ciudadanos marroquíes el balance del gobierno de alternancia ha sido más bien insatisfactorio. Aunque hay más libertad de expresión y de asociación, y se han hecho algunos gestos de reconciliación con la oposición, estos cuatro años se han visto salpicados de cierres de periódicos, represión de los movimientos sociales y por una ofensiva impunidad de los responsables de las violaciones de los derechos humanos en los años anteriores. El gobierno ha mostrado su incapacidad para llevar a cabo políticas coherentes, no solo por inexperiencia y falta de medios, sino porque se ha tenido que plegar ante los grupos tradicionales (es el caso del progra-

ma para la promoción de la mujer) y los *lobbies* económicos (en el caso de los acuerdos sobre pesca con la Unión Europea).

En el plano económico, si bien el gobierno ha hecho esfuerzos para controlar los indicadores macro, la población sólo ha visto empeorar sus condiciones de vida, el aumento del desempleo, la informalidad y la precariedad. El reino de Marruecos sigue creciendo de manera insuficiente para atender las demandas básicas de su población.

Pero la prueba más palpable de su incapacidad reformadora se dio en lo político. A parte de la contradicción flagrante que es pretender democratizar el país mientras ocupa el Sáhara Occidental, el gobierno de Abderrahman Yussufi no ha podido llevar a cabo ni una verdadera separación de poderes, ni una democratización del poder local, ni una reforma a fondo de la administración. Durante esta transición el sistema político no ha sido alterado, la arquitectura puesta en pie por Hasán II sigue en pie; el *Majzen*, a pesar de reajustes internos, sigue siendo la estructura clave del poder. Mohamed VI reina y gobierna como lo hacía su padre. Además del hecho de que las carteras más sensibles (exteriores, interior, justicia...) son de designación real, el monarca ha intervenido sin recato en una serie de políticas claves, dejando al margen al gobierno. No sólo en el dossier del Sáhara, sino incluso en la gestión económica: el verano pasado el rey nombró a gobernadores tecnócratas con competencias directas en materia económica. Sigue pendiente una necesaria reforma constitucional (está vigente el texto reformado de 1996, fabricado por palacio) y de las instituciones. Caso significativo es la persistencia de la segunda cámara, de elección

indirecta, que hasta hoy sólo sirve para modular las iniciativas de la primera, de elección directa.

Las esperanzas puestas en el gobierno por la población se han esfumado en gran parte. Hoy los sondeos de opinión muestran un alto nivel de desidentificación y de desinterés político. Los jóvenes tienen pocas esperanzas sobre su futuro y sueñan con emigrar. Marruecos es el país del escepticismo cuando no del más abierto descontento político y de la desesperanza económica.

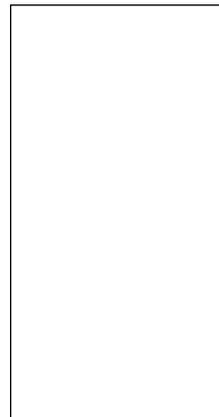
Las próximas elecciones legislativas tendrán lugar en septiembre de 2002 y las municipales en 2003. Estas elecciones se presentan como los primeros comicios que se llevarán a cabo de manera limpia y transparente; con ello se asume que los anteriores no lo fueron, a pesar de que dieron lugar a la “alternancia consensuada”. Esta machacona cantinela sólo refuerza el convencimiento popular de que los fraudes se repetirán para mal (seguirá lo de siempre) o para bien (se evitará lo peor). ¿Cómo garantizar unos comicios limpios cuando siguen las mismas estructuras de control y cuando el 40% de la población no tiene documentos de identidad? ¿Cómo evitar que con una misma carta electoral se vote varias veces? Tras dos años de discusiones, en los que los partidos de la Kutla (Bloque Democrático) han demostrado estar muy divididos sobre la reforma electoral, se han introducido cambios en la legislación. Esta claro que el sistema uninominal (mayoritario) a una vuelta, con circunscripciones que favorecen el área rural, no es el más apropiado para una transición. Por ello se ha optado por un sistema de escrutinio proporcional y de lista, pero con una singularidad, será mixto: se votará una lista por circunscripcio-

nes, y una lista nacional de candidatas mujeres que representarán cerca de un 10% de la cámara.

La experiencia de gobierno no le ha venido bien a la Kutla y este período interino ha creado una enorme confusión en el panorama político. El partido socialista marroquí (USFP) está fraccionado; en su último congreso se desgajó el ala obrerista y no participaron los grupos de izquierda socialista ni las juventudes del partido. Sus relaciones con el partido Istiqlal (nacionalista conservador) no están en el mejor momento. Por otro lado la proximidad de las elecciones ha hecho aparecer multitud de nuevos partidos; si en los comicios de 1997 hubo 16 organizaciones en liza, ahora hay más de 30, un tercio de los cuales de creación reciente. Nadie sabe muy bien que diferencia una organización de otra.

Hay serias dudas de que el contexto político, la pervivencia de las viejas prácticas del ministerio de Interior y las reformas de la ley electoral, permitan que los resultados electorales reflejen la realidad política del país. Hace unos meses un importante cuadro socialista afirmaba que de no haber fraude, los islamistas arrasarían en Casablanca.

Pero lo más significativo es que la USFP y sus socios de la Kutla, que asumiendo el gobierno se prestaron a legitimar esta transición dirigida desde arriba, parecen haber dejado de ser funcionales para el *Majzen*. Una vez proyectada la imagen de la modernización política, falta demostrar la modernización económica (léase completar su inserción internacional al dictado de la ortodoxia ultraliberal). ¿Apostará ahora el *Majzen* por un gobierno tecnocrático, más eficiente y menos escrupuloso en tales lides? ¿Se mantendrá la misma coalición de gobierno para



asegurar el mayor unanimismo nacional posible ante los posibles imprevistos que conlleve la cuestión del Sáhara? ●

PALESTINA: UN ÉXODO SILENCIOSO

IGNACIO ÁLVAREZ-OSSORIO

Desde el inicio de la Intifada de al-Aqsa a finales de septiembre de 2000, casi 150.000 personas (cerca de un 5% de la población que vive en Cisjordania, Gaza y Jerusalén Este) se han visto obligadas a abandonar sus hogares. La política de hechos consumados adoptada por el gobierno de Unidad Nacional presidido por Ariel Sharon (y del que también forma parte el Partido Laborista dirigido por el *tándem* Ben-Eliezer y Peres) está dando sus primeros frutos. La estrategia de estrangulamiento económico de los territorios autónomos, el asedio de las principales ciudades, los castigos colectivos impuestos a la población civil y la destrucción de sus infraestructuras han deteriorado aún más la ya de por sí complicada situación del pueblo palestino (más de la mitad de la población vive bajo el umbral de la pobreza) empujándole a la emigración. Esta estrategia emprendida por el gobierno israelí buscaría el éxodo silencioso de las clases medias, que, por sus recursos, tendrían más factible la huida de la devastada tierra Palestina. Los palestinos, desposeídos de sus propiedades y de sus tierras como resultado de una ocupación israelí que se antoja interminable, abandonan los territorios ocupados en busca de una vida mejor. El perfil del emigrante es el de un joven profesional (ingenieros, médicos o farmacéuticos) provisto de los suficientes recursos como para costearse

un viaje al extranjero y que tiene familiares en otros países que le ofrecen su ayuda a la hora de emprender una nueva vida.

Como reconoce el profesor de la Universidad de Belén Bernard Sabella este fenómeno afecta de manera especial a la población de confesión cristiana cuya supervivencia sobre Tierra Santa, de continuar así las cosas, estaría amenazada. Según Sabella, la proporción de cristianos palestinos no ha dejado de menguar desde la creación de Israel en 1948. Si en 1947 los cristianos representaban el 20% de la población palestina, en 1966 eran un 13%. Cuando en 1993 se firmaron los Acuerdos de Oslo, los cristianos en los territorios ocupados sólo representaban un 2,1%, pero ese porcentaje se ha reducido hasta acercarse al 1,6% en el año 2001.

La Intifada ha agudizado la situación de todos los palestinos, pero son los de confesión cristiana quienes encuentran mayores facilidades para abandonar el país debido a que las embajadas occidentales —sobre todo las de Estados Unidos, Canadá y Australia— les conceden visados con mayor facilidad, especialmente tras el 11-S.

Esta situación ha sido denunciada en múltiples ocasiones, la última de ellas en el curso de la última ofensiva militar israelí cuando los patriarcas, arzobispos y responsables de todas las iglesias cristianas de Jerusalén enviaron una carta al presidente Bush en la que señalaban que el pueblo palestino “está privado de agua, electricidad, alimentos y medicinas básicas. Algunas de nuestras instituciones han sido invadidas y dañadas” y denunciando “la tragedia inhumana” y “los crímenes indiscriminados” cometidos por la potencia ocupante. ■